

LA NOVELA DE LA CIENCIA

Miquel Barceló

En el número de verano, como de pasada, surgió el concepto de “novela de la ciencia” que, a mí parecer, viene a ser el origen tanto de la ciencia ficción como de la novela científica. Vale la pena volver sobre ello.

La ciencia ficción tiene unos precedentes históricos que surgen con fuerza en el siglo XIX: los británicos Mary Shelley y Herbert G. Wells y, cronológicamente en posición intermedia, el francés Jules Verne.

Historiadores de la ciencia ficción como el británico Brian W. Aldiss suelen considerar FRANKENSTEIN (1818) de Mary Shelley como la primera novela de ciencia ficción. El cine (sobre todo desde la versión cinematográfica de James Whale realizada en 1932) ha cambiado la imagen popular de lo que era una seria reflexión sobre el poder de la ciencia y la responsabilidad de los científicos, convirtiéndola en el paradigma de la clásica historia de terror. Mary Shelley tituló su novela: "*el moderno Prometeo*", destacando que el científico, el doctor Frankenstein, se arriesga a realizar aquello que parece estar "prohibido". Lo hace precisamente para aportar a la humanidad, como Prometeo con el fuego, nuevas posibilidades que hasta entonces nos habían sido negadas.

Pero, por obra y dedicación, indudablemente el fundador cronológico de la ciencia ficción es el francés Jules Verne con sus viajes extraordinarios y sus novelas de anticipación. Décadas más tarde, será el británico H.G. Wells quien determinará más decididamente el futuro del género a través de la mayor riqueza de temas tratados.

Jules Verne, nacido en 1828, era hijo de un rico abogado de Nantes. Su padre quería que siguiera también carrera en la abogacía, pero el joven Verne tenía otros intereses. Se dice que, a los diez años, su padre le encontró *in extremis* cuando Jules estaba ya a bordo de un barco que partía de Nantes hacia África y después América. El padre le hizo desistir de ese viaje y, de alguna manera, le conminó a hacerse abogado. Jules aceptó y estudió abogacía en París, pero en realidad se interesó mucho más por la literatura y el teatro.

En París, Verne acabó coincidiendo con el editor Pierre Jules Hetzel a quien conoció en 1862. En la presentación de la cuarta de las novelas de Verne, LAS AVENTURAS DEL CAPITÁN HATTERAS (1866), la primera que se presentaba con el subtítulo "*Viajes Extraordinarios*", Hetzel, explicaba las razones de una serie: "*resumir todos los conocimientos geográficos, geológicos, físicos y astronómicos elaborados por la ciencia moderna y reconstruir, de la manera que a ésta le es propia, la historia del universo*".

La idea, evidentemente, se ajustaba también al proyecto del mismo Verne: la elaboración de lo que pudiera ser "*la novela de la ciencia*", una nueva forma de narración en la que la ciencia, tan importante en el siglo XIX y en los sucesivos, jugara en la narración novelística el mismo papel relevante que, era ya evidente, jugaba también en la sociedad moderna occidental.

Verne no era científico, pero sí estaba muy informado de las novedades científicas y tecnológicas de su tiempo. Era lector de diversas bibliotecas especializadas y tomaba abundantes notas y fichas que le sirvieron, y mucho, para ser casi un experto en los temas que luego utilizó en sus novelas. Amigo de científicos y grandes exploradores (la geografía fue la ciencia dominante en ese siglo XIX) completaba su saber directamente.

En otros casos, Verne se adelantó a su tiempo con su imaginación asociada a sus conocimientos de la ciencia de su época. Hay que reconocer que muchos de los artefactos tecnológicos imaginados por Verne han sido barridos por la realidad a medida que el

conocimiento tecnocientífico se ha ido desarrollando y consolidando. Pero lo cierto es que la visión que Verne transmite del fondo submarino, del interior de la Tierra, de un posible viaje a la Luna, de posibles naves submarinas como el *Nautilus* o voladoras como el *Albatros* (el antecesor del autogiro o del helicóptero), están sólida e inteligentemente basadas en la ciencia que se conocía en su tiempo, hace ahora ya ciento cincuenta años.

El objetivo de Verne no era enseñar ciencia, sino hacerla intervenir en la peripecia humana, casi siempre desde una óptica positiva y favorable. Así lo hace hoy la buena ciencia ficción.